



CLAUDIO ROJO CESCA

LEER ES
FUTURO



VIÑETAS DEL INSOMNIO
NO RESUELTO
CLAUDIO ROJO CESCA

* ILUSTRADO POR: **LUCILA ADANO**

**Encontrá más títulos de la colección en:*
www.cultura.gob.ar/leeresfuturo

Cesca Rojo, Claudio

Viñetas del insomnio no resuelto / Claudio Cesca Rojo ; coordinación general de María Inés Kreplak ; ilustrado por Lucila Adano. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Cultura de la Nación. Secretaría de Políticas Socioculturales, 2015.

108 p. : il. ; 16 x 12 cm. - (Leer es futuro / Vitali, Franco; 34)

ISBN 978-987-3772-96-2

1. Cuento. I. Kreplak, María Inés , coord. II. Adano, Lucila, ilus. III. Título.
CDD A863

Fecha de catalogación: 16/11/2015

- Coordinación editorial: Inés Kreplak
- Edición literaria: Marcos Almada
- Asistencia edición literaria: Juliana Portilla y Sebastián Basualdo
- Diseño de tapa e interiores: Pablo Kozodij

► COLECCIÓN **LEER ES FUTURO**

En el marco de una serie de actividades de promoción y fomento de la lectura, el Ministerio de Cultura presenta la colección de narrativa *Leer es Futuro*, que llega a tus manos en forma gratuita para que puedas disfrutar del placer de la lectura.

En esta oportunidad, convocamos a escritores jóvenes cuya carrera está apenas comenzando, con el objetivo de visibilizar su tarea, contribuir a la difusión de sus obras y democratizar el acceso a la palabra, en continuidad con la ampliación de derechos garantizada por los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner.

También hay que mencionar la inclusión de

los ilustradores de cada uno de estos libros: todos jóvenes y talentosos dibujantes con ganas de mostrar su trabajo masivamente.

Y en un formato de bolsillo para que la literatura te acompañe a donde vayas, porque leer es sembrar futuro.

Ministerio de Cultura

Teresa Parodi | Ministra de Cultura

CLAUDIO ROJO CESCA



SANTIAGO DEL ESTERO, 1984. Es psicoanalista y escritor. Escribió las columnas sobre cine *Filmografía*, los relatos *Caja Negra* y *La Cuerda Floja* para Nuevo Diario. Publicó textos en el Diario La Gaceta, en las revistas literarias *Los Inquilinos*, *Maten al Mensajero* y *Tardes Amarillas*, en los fanzines *Larvas Marcianas*, *El Megáfono* y *El Gusano* y en el blog *Toukouman Literatura*. Dos de sus cuentos integran el *Picados-Antología Lata Peinada* (Editorial Bellas Alas). Su plaqueta de poesía, *Fotos de mi chonga desnuda dentro de una nave espacial* (*Larvas Marcianas*), acaba de ser publicada. Actualmente integra el espacio *Editorial Larvas Marcianas*.

LUCILA ADANO



BUENOS AIRES, 1991. Es ilustradora. Realizó trabajos para los suplementos Soy y Las 12 del diario *Página 12*, arte y diseño para libros y discos de diversos artistas. Hizo las visuales en vivo para María Pien en la Bienal de Arte Joven de Buenos Aires (2015) y trabajó en los logotipos para diversas marcas. Pueden verse sus trabajos en: > www.luliadano.tumblr.com
> *FB/luliadanoilustraciones*.

ALMACÉN CHINO

Un día los chinos llegaron al barrio y se hicieron cargo del almacén. Vendían casi todo lo que se conseguía en el supermercado, y a mejor precio, pero las marcas no eran las mismas.

Cuando la mami me mandaba a los chinos me decía que me fijara en las fechas de vencimiento, porque les desconfiaba.

Vivían, los chinos, del otro lado de la avenida, en una ampliación del barrio. La parada de colectivos daba justo con el jardín del frente de la casa. Me los encontraba en el colectivo, de

ida o de vuelta, o apostados contra el portón de la casa, bebiendo de tazas humeantes.

Sospechábamos que los chinos eran una familia. Una mujer atendía la caja. Alguien se refirió a ella como “señora Li”, y desde entonces fue *señora Li* para todos. Sonreía a los clientes cuando pasaban delante de ella y les recibía el dinero.

Había dos jóvenes, un repositor y el chico de la fiambarrera, a quien nunca, en siete años, les escuché la voz.

También había un hombre mayor, casi enano, con restos de una cabellera blanca en los flancos de la cabeza.

Le llamábamos *el abuelo chino*. Se sentaba detrás de la señora Li, en una banqueta con largas patas cromadas. Los pies, diminutos

como los de un muñeco, le colgaban en el aire. Desde ese lugar hablaba solamente para dar órdenes. Una palabra suya bastaba para cambiar la sensación del ambiente. Yo imaginaba, en su garganta, manos que manipulaban a las demás personas, como muñecos de plastilina.

A mí, el abuelo chino, me daba un poco de miedo.

*

Antes de que se instalaran los chinos, la casa estaba desocupada. La gente tiraba de todo al jardín: basura y animales, vivos y muertos. Cada tanto salían del malezal cachorros y gatos negros que pasaban ahí sus primeros días de vida. Otras veces, si nadie los levantaba, se

mataban entre ellos, cuando entraba un animal, más grande y peligroso.

Eso fue hasta que llegó gente de la municipalidad a limpiar la propiedad y toda la cuadra se impregnó de olor a podrido. Dijo la mami que era por la mugre vieja que había quedado sepultada bajo mugre más nueva, con menos olor.

La mami, mi hermano Ernestito y yo vivíamos a dos cuadras. Había una foto de mi padre en el living y un dibujo firmado por él, dedicado a Ernestito, que hizo antes de irse de la casa. En ese entonces yo tenía doce. Cuando llegaron los chinos, acababa de cumplir dieciséis.

Ernestito era el que más hablaba con nuestro padre, por teléfono. También se veían en el centro, después de la escuela. A mí no me

entusiasmaba la idea de verlo. Me invitaban, pero siempre encontraba excusas para no ir.

*

La mami le dijo a Ernesto: no te juntes con los chinos. Se refería a los hijos de los chinos del almacén, que eran cuatro: dos nenes y dos nenas. Tenían entre nueve y doce años. Jugaban siempre en la plaza, solos en su isla de cuatro. De puro curioso, me quedaba mirando a las nenas: llevaban un corte de pelo similar, corto carré, con el flequillo recto haciéndole techo a las cejas. Los ojos oblicuos eran pequeñísimos.

Al verlos jugar, mi hermano quiso sumárseles. La mami, que leía una novela a un costado, se levantó del banco de hormigón y corrió a

frenarlo. Ernesto le preguntó por qué. La mami le dijo: *vos haceme caso, ya vas a ver.*

El *ya vas a ver* me quedó grabado, como la amenaza brutal de un peligro incomprensible.

Los nenes hablaban chino. Solo recurrían al castellano si se les perdía algún juguete y se acercaban a pedir ayuda.

Autito, autito, decían, señalando la arboleada. Palabras sueltas y nada más.

Una vez los dos varones se agarraron a las piñas. El más grande le tiró de los pelos al otro, pequeño pero de cuerpo más macizo. Se revolcaban sobre el pasto dándose golpes en la cara. Paradas a un costado, las dos nenas miraban.

Una mujer corrió a separarlos. Tomó de los hombros al nene más grande y lo zarandeó hasta quitarlo del medio. Al otro le sangraban

la nariz y la boca. En pocos segundos una mancha púrpura le embarazó el pómulo izquierdo.

Una ronda de curiosos se formó en torno a la escena. En el medio estaba la señora y los cuatro chinos. La señora les hablaba con dulzura. Les preguntó si estaban bien, si no se habían roto algún hueso. Ninguno contestó. Las nenas tomaron de la mano al chino perdedor y se lo llevaron. Entre los tres armaron una especie de cadena.

*

La historia que contó el Mono Romario. Una tarde entraron dos ladrones al almacén. Agitaban pistolas negras y gritaban insultos. Las caras estaban cubiertas con medias de

lycra. Uno de ellos forcejeó con la señora Li. La empujó contra la pared y apretó el caño del arma sobre el cachete.

Pedían *la plata*. Y se brulaban: a la plata, los ladrones, le llamaban “*prata*”.

El segundo ladrón arrinconó al repositor y al fiambrero en la esquina que formaban el freezer y la pared. También ubicó en ese lugar al Mono, que había ido al almacén a comprar desodorante de ambiente. Romario pidió por favor que no hicieran nada. Pidió por él: *no me hagan nada*, había gritado. Mantenía en alto las manos temblorosas. Las mostraba, como si tuviera en las palmas una receta para llevar a buen puerto una situación como aquella.

La señora Li abrió la caja registradora y metió la plata en una bolsa negra.

Los ladrones escaparon por la puerta de entrada. Al pisar la vereda, sonó un disparo. El ladrón que había amenazado al Mono clavó las rodillas en el piso y dio un grito de dolor.

El tiro había entrado por la espalda pero la estela de sangre crecía del otro lado del cuerpo, en la zona del abdomen. Lo único que el Mono veía en la espalda herida era la tela perforada del buzo. El ladrón perdió la fuerza de las piernas y se desplomó de costado. Se sacó la media de la cara para respirar mejor. El Mono salió corriendo, a los tumbos, del almacén. Una vecina ya había llamado a la policía. En la entrada del local, el repositor y la señora Li discutían, parados junto al cuerpo que temblaba y se revolvía en el suelo.

Llegó primero la policía y, al minuto, una

ambulancia del Regional. Para ese momento, los vecinos habían copado la calle y la vereda.

Un policía gordo intentaba que la multitud no avanzara sobre la vereda. Un chico que miraba, reclinado en su bicicleta, me contó la versión resumida de lo que supe después por boca del propio Romario.

No hay que joder con esa gente, dijo.

Al rato, el patrullero se llevó al chino fiambrero, con las manos esposadas. Lo vi entrar al auto, con la frente en alto. En la cara lucía el mismo gesto paralítico de cuando tomaba los pedidos en el mostrador del almacén. Contó Romario que el disparo había sonado muy cerca de él y casi lo deja sordo, pero nunca vio quién lo hizo.

*

Al día siguiente los chinos abrieron, igual que todas las mañanas, como si nada hubiera pasado. El lugar del fiambrero lo ocupó el repositor. Los clientes tuvimos que acostumbrarnos a cierto desorden.

La señora Li siguió atendiendo con su sonrisa de fotocopia. Tenía una lastimadura, minúscula y atenuada con maquillaje, en el cachete.

En casa, la mami le pidió a Ernestito que no fuera más al almacén y que se limitara a comprar marcas del supermercado, aunque les saliera más caro.

Conmigo desató sus más salvajes fantasías conspiratorias. Decía que ese robo no era un robo cualquiera: interpretaba en el relato de

Romario los rasgos de un crimen mafioso. *Esos vienen escapando, decía, anda a saber de quiénes.*

Me pidió, a mí también, que no comprara más en el almacén. Me lo hizo prometer.

*

Los cuatro nenes chinos crecieron. Cambiaron el hábito de salir a jugar a la plaza por el hábito de salir de noche a tomar cerveza. Me enteré, no recuerdo por quién, que solo dos de ellos eran hermanos: la más grande de las chicas y el varoncito macizo, que llegó a la adolescencia más alto que el otro.

El *macizo*, así lo empecé a nombrar, ocupó el puesto vacante de repositor. El abuelo chino le daba instrucciones desde la banqueta, su

torre de control. Con el fiambrero ex-repositor raramente se hablaban. Cada tanto los oía discutir. También pensé: *a lo mejor no discuten y me armo una historieta para sentirme más cómodo con algo que no entiendo.*

Los otros tres aparecían de vez en cuando, en la tarde noche, cerca de la hora del cierre. Apparentemente trabajaban fuera del barrio, porque los veía salir en un Citroën, muy temprano.

*

Adolescencia de Ernestito. Con los años fuimos perdiendo tema de conversación. Se volvió huraño y reticente a contarme cosas. Lo vi como una evolución natural de nuestro cariño de hermanos.

Una mañana entré a su pieza y me puse a revisar sus cosas. Me sentía moralmente invisible. Abrí su baúl de historietas y encontré, debajo de un montón de números ajados de la D'Artagnan, una pila de revistas porno. Hojeé algunas. Entre las páginas de las revistas había hojas de cuaderno cortadas de tirón, con párrafos escritos a mano. Leí las que pude. Eran descripciones de chicas que le gustaban a Ernestito. Cada descripción estaba encabezada por un nombre que reconocí de conversaciones de sobremesa. Julieta, Andrea, Sol.

Uno de los papeles decía: *“Maqui: sentada en el pupitre, con el delantal súper corto. Me gustan sus piernas. Son muy blancas. Las piernas más blancas que he visto”*.

También había, en el fondo del cajón, fotos

de una de las nenas chinas. Las tomas eran todas de cuerpo entero, de lejos, en la plaza. En muchas de ellas, se la veía de espaldas, conversando con alguien que quedaba fuera de cuadro. Las fotos, más de dos docenas, habían sido ordenadas cronológicamente. Las fechas estaban escritas con felpa, al dorso. En total, cubrían un período de tres años. Al ver las fechas sentí un escalofrío en la espalda: Ernestito, mi hermano el acosador. *Pase usted y conozca el lugar donde dormía antes de ir preso. Conozca las revistas porno que lo estimulaban en sus horas de soledad.*

En la última foto del cajón, guardada en un sobre de papel madera, aparecía también la muchacha china, vestida solamente con una remera del GAP. Risueña, abría sus piernas

desnudas a la cámara, como ofreciéndose.

*

La tercera. Apareció una mujer china que hasta el momento nadie había visto. Era muy delgada, de baja estatura, con el pelo larguísimo y azabache. Era costumbre verla en la vereda del almacén, de la mano de un nene chiquito. Supuse, de entrada, que era su hijo. El chico jugaba alrededor de ella. Se mantenían cerca, como unidos por un cordón invisible. El nene le hablaba a la madre, con voz finita de dibujo animado. Si se distanciaban, ella tironeaba del cordón invisible con la mirada, y el nene volvía, con una queja impresa en el cuerpo, los bracitos imantados al suelo, la sombra pegada

al piso, como queriendo retenerlo.

Ocurrió una noche que la mujer andaba sola por la calle. Era invierno y hacía mucho frío. Caminaba como desorientada, sin rumbo fijo. Recuerdo que iba muy desabrigada. Llevaba puesta una remera de mangas cortas y un pantalón a cuadros, tipo piyama.

Me interpuse en su camino. Le pregunté si estaba bien. Puse una mano en su brazo, para darle equilibrio. Tenía la piel helada. Los dientes apretados rechinaban entre sí.

Se corrió el pelo detrás de la oreja. Luego habló. Dijo algo que pretendía ser castellano y no se entendía. La voz era muy suave.

Volví a preguntarle si estaba bien, si necesitaba que la llevara a la casa, o a ver un médico en el hospital. *Está acá nomás*, le dije. Intentó

decir más cosas. Movi6 las manos. Creí que iba a llorar.

Un sonido de pasos me hizo dar vuelta. Era el fiambbrero ex-repositor. Se interpuso entre ella y yo con todo el cuerpo, dándome la espalda. Vi su cuello delgado, su cabeza gigante, el pelo teñido, bicolor, que brotaba, enrulado, en la nuca.

Discutieron ahí mismo, en medio de la calle. El hombre la tomó de la muñeca y la agitó con fuerza, sacándole un gemido estridente. En un momento, el chino giró para verme, con la cara retorcida. Estuve a punto de intervenir, pero me detuvo el miedo. No entendía la discusión y la calle, oscura y vacía, me invitaba a desentenderme.

Decidí que sobraba y me fui. Le conté la

historia a Ferullo, que vivía cerca de los chinos. Me contó que había noches en que se escuchaba música muy fuerte. Detrás del paredón de la música sonaba algo parecido a los gritos de una mujer.

Gritos o llanto, le pregunté.

Ferullo se quedó pensando.

Llantos, estoy seguro que eran llantos, dijo al final.

*

El viejo. Una mañana de domingo mi padre visitó nuestra casa. Ernesto y yo dormíamos. Lo descubrí cuando me levanté para ir al baño y pasé por la cocina a tomar un vaso de agua. Él y la mami tomaban mate en la mesa del living.

La mami me ofreció sentarme con ellos. *Así hablas con tu papá*, dijo. El viejo puso la bombilla en su boca y se quedó en silencio. Tomé mi agua y me despedí. Dije que estaba cansado y que había dormido muy poco la noche anterior.

Vete a despertar a Ernestito, pidió la mami.

Golpeé la puerta de su pieza tres veces. Lo hice con suavidad, queriendo que no me escuchara y siguiera durmiendo.

Qué, gritó desde adentro.

El viejo, contesté.

Volví a mi dormitorio y me acosté. Oía voces felices flotando en la casa. Ernesto y la mami. Ernesto y el viejo. La mami y el viejo. Al final, no sé cómo, me dormí.

*

Fue algo con la chica y el nenito. La policía allanó la casa de los chinos y se llevaron a la chica y su nene. Durante toda una tarde, la gente se juntó en la vereda de enfrente, con abrigos y termos y tazas que humeaban y pasaban de mano en mano. El operativo fue largo y confuso. Un policía entraba y salía de la casa. Hablaba con otro hombre, de saco y corbata, que tomaba notas en un block.

La mami estuvo ahí, compartiendo té de cedrón con la señora de Suárez, reciente viuda.

El chino fiambrero ex-repositor fue el protagonista de las fotos que salieron en el diario al día siguiente. La nota decía que era un caso de violencia de género y maltrato infantil. Al pie de una de las fotos, en la que se veía el frente de la casa de los chinos, abarrotada de

gente, había un epígrafe que rezaba: *vecinos hicieron la denuncia al oír gritos provenientes de la casa.*

Al leer la nota me asaltó una sensación de calesita veloz detrás de los ojos. Me incorporé y tomé agua, a ver si con eso me limpiaba el malestar. La mami preguntó si me pasaba algo. Dije que no, que estaba bien, que me había levantado muy rápido de la silla y me había dado vértigo.

Al decir la palabra, como apartado de mí mismo, la pensé. Vértigo. Ver. Ver a la china en aquella situación. Volver a casa con las manos ahogadas en el fondo de los bolsillos. El viejo. El viejo yéndose una tarde de viernes, hace muchos años, sin explicarnos nada, con un bolso lleno de ropa. Ernestito muy chico,

con su pulóver de hombre araña, saltando en el sillón, riendo.

Llevé a mi pieza el teléfono inalámbrico. Sin saber por qué o para decirle qué cosa, quise llamar a mi padre. Marqué el número y cerré los ojos. Desde mi calesita veloz y mareante, vi a la china y al niño con total nitidez: ella sentada en un cuarto sin amueblar, con el teléfono en una mano, y en la otra, los dedos felices de su nene, rascándole la palma, como un paso de hormigas.

Alguien, una mujer, dijo hola tres veces. Y corté.

*

Fen. Pasaron muchos años hasta que volví

a verme con Ferullo. Yo vivía en Buenos Aires y él tenía que viajar a Capital Federal para visitar un familiar enfermo, un hermano de su padre que sufría del trigémino y necesitaba ayuda con trámites de la obra social.

Nos reunimos en un bar de San Telmo. Había envejecido bien. Tenía el pelo muy corto y entrecano. Los ojos eran más grandes de lo que yo recordaba; parecían haber querido escapársele de la cara.

Me dio un abrazo largo, riéndose. Puso en la mesa un paquete de regalo. Era un libro de Milan Kundera. Se lo agradecí, un poco reticente. Mi frialdad lo dejó sorprendido. Debió confundirse en algún recuerdo, donde me conservaba como lector.

Pedimos café. Habíamos elegido sentarnos

afuera, porque Ferullo quería fumar.

La historia del tío enfermo nos llevó media hora. Era una dolencia de trigémino y, según el médico, no quedaba otra que operar.

El tiempo se iba en descripciones poéticas del dolor: es como la explosión de una granada en medio de la cara, como una patada eléctrica en las muelas, como un tratamiento de conducto sin anestesia.

Cuando terminó con el tío, yo estaba tan aburrido que pensaba irme, excusándome en alguna obligación. Entonces salió el tema: “*te acuerdas de los chinos?*”, preguntó. Acababa de terminar un cigarrillo y ya estaba encendiendo el siguiente. Los ojos, creí ver, se le metieron para adentro, y su cara fue igual a la cara de aquel entonces, salvo por las canas y la cir-

cunstancia de estar juntos bajo una luz poco familiar, en otra ciudad.

Hablamos de los chinos. Del almacén. De la china con el nene. Del abuelo chino, que a todos nos daba miedo. Y así, una vez en el laberinto, Ferullo se animó a contarme su peripecia: había tenido una historia con una de las chinas adolescentes. Como anticipándose a mi pregunta, Ferullo me advirtió: *pero mira que hablaban bien el castellano, eh.*

Dijo que se armaban los encuentros lejos del barrio, en el centro o en el Parque Aguirre. Por eso nadie sabía. O casi nadie. Él tenía 22 años; ella, 16. Se llamaba Fen.

Una vez, Fen se lo encontró en el almacén y lo invitó a la casa. Ferullo pensó que estarían solos, pero no. Estaba toda la familia. El

abuelo, el ex-repositor, la señora Li, la mujer y el nene, los pibes.

El abuelo chino lo invitó a sentarse y le convidó una bebida extraña. Aceptó y, por cortesía y temor reverencial, dio un trago sin mirar dentro de la taza. Era un preparado con alcohol, caliente y bastante fuerte, que le quemó la garganta y le revolvió el estómago. El ritmo de la casa lo ignoraba por completo. El abuelo chino recogió la taza vacía y con una seña lo invitó a levantarse.

Venga, aquí, aquí, dijo.

El abuelo lo condujo por un pasillo hasta una pieza en el fondo de la casa. Las paredes estaban decoradas con telas rosadas y rojas y cuadros con ideogramas chinos y dibujos de hombres gordos. Fen avanzaba detrás de Ferullo.

La pieza del fondo era enorme. Había cuatro cuchetas, estatuillas con sahumerios humeantes, una computadora en una esquina, y frente a ella, un adolescente. Lo conocía del barrio, pero en ese momento, su cara le resultaba idéntica a todas las caras que había visto en su vida. *Habrá andado mordiendo los quince años*, dijo. El abuelo le dio una indicación a la chica, que corrió de lugar una silla y pateó, con un gesto serio, un montón de chinelas diseminadas en medio del cuarto.

El joven saludó a Ferullo con la mano. Él, Ferullo, hizo lo mismo. El abuelo se llevó un dedo a los labios y miró a cada uno. Dijo tres veces: shhh... shhhh... shhhh. Y puso, en la computadora, una canción. Sonaba, enlatada en los parlantes baratos, la voz aflautada de

una mujer sobre un fondo de violines e instrumentos de percusión.

El abuelo se sentó en una de las cuchetas y prendió un sahumero. No hizo más. Parecía haberse dormido, sentado, con las manos muertas sobre los muslos. Del fondo del pecho le nacía un zumbido largo, prácticamente indistinguible de la música de la computadora.

La china se bajó el pantalón. Sus movimientos eran cortos, como recatados. Dijo Ferullo que tenía la impresión de ver a una niña desnudándose. Una niña muy chiquita, de once o doce años, no la chica de dieciséis que había conocido y besado y tocado. Eso, en lugar de desanimarlo, lo entusiasmó más, y se adelantó a tocarle las piernas.

Lo demás, lo dejo a tu imaginación, dijo Ferullo.

Le pregunté si el viejo había hecho otra cosa. *No, dijo: estuvo ahí un rato, mientras duró el asunto, sin prestarnos atención. Después se levantó y salió por la puerta.* Cuando desapareció en el pasillo fue como si se rompiera un hechizo de sugestión.

El chico, en cambio, había estado atento a toda la escena. La china se sentó en la única silla de la pieza. Ferullo se vestía rápido. Quería salir de la casa.

De pronto, se había empezado a acordar de todo lo que se decía en el barrio de los chinos. Que eran sádicos. Que hacían barbaridades para pagarle a la matufia. Que comían perros de la calle. Ferullo me lo contaba con el cigarrillo en la boca. Se reía de los nervios y pitaba. Los dedos, me di cuenta, le temblaban.

Al final de su historia, cuando era evidente que faltaba poco para despedirnos, Ferullo contó que antes de abandonar la casa, el chico se acuclilló adelante de las piernas abiertas de la china y le tomó una fotografía. El flash estalló en sus ojos, coloreando brevemente la escena.

Hacía rato que nos había arrinconado la noche. Ferullo se pasó una servilleta de papel por los labios resecos. La peatonal se llenaba de chicos y chicas con chupines de colores. Ferullo dejó cincuenta pesos bajo la taza de café. Me levanté para darle la mano. Dijo que volvería a llamarme en el próximo viaje, en dos o tres meses. En su manera de caminar creí notar el cansancio de muchos años. Pasó el tiempo, pero Ferullo nunca me llamó.



**NO SABEMOS NADA
DE LA CHUECA**

Estevenzuela corre por la mansedumbre del campo. Carrera larga, pero tranquila, sin el acicateo de la voz de la madre ni tampoco el florido golpe de la palma paterna. Corre, como en la infancia no tan lejana, hacia el rancho de la Chueca. A su lado trastabilla Tucán, el perro.

Va y busca lo que ha pedido Florencio: una prenda de su prima hermana, la Chueca, el par de zapatillas con ribetes de color rojo. Estevenzuela entra y está todo muy oscuro —el afuera es día, tono estrella clara, sin nubes, sin aliento veloz de pleno otoño—. Remueve, el

muchacho, los cajones, la madera apilada con olor a humedad.

Dónde. Dónde fueron a parar las zapatillas. Hace a un lado una olla que convierte a sus manos en algo pequeño y limpio.

Dónde está la Chueca, pregunta en sus ideas con una voz que imagina suya.

La prima hermana ha dejado, para siempre, dicen, el desorden, la falta de comida, el hedor de las alimañas que ahora viven bajo ese suelo. No queda nada de ella dentro del rancho. Pero las zapatillas no se han ido con ella, le juraba Florencio.

No se han ido, dijo, estarán en alguna parte.

Así las busca, Estevenzuela, encorvado como viejo, mientras sospecha que algo malo ha de estar haciendo. Y así es que aparece en su

conciencia la mano de Padre, cuando caía sobre las piernas desnudas con la autoridad del rayo, para castigarlo, por ladino.

Fulimina, esa palma, lo blanco de la piel y deja siempre la huella de los dedos en una memoria púrpura.

Así no se mira a las mujeres: ¡¡Zás!!

Así no se comporta el varón: ¡¡¡Zás!!!

Asalta la ansiedad de no saber dónde están las zapatillas. Busca, el muchacho, con dedos delgados, mueve los objetos olvidados que Florencio no quiere ni ha pedido. El perro, que hasta hace nada esperaba afuera, ahora entra y olisquea, hunde el hocico entre la porquería. Se oye el tintineo de losas, pasto seco y ramas quebrándose, madera, papel de diario.

¿Y hace cuánto que no pasa la bicicleta del

diariero por este planeta?

Meses, capaz, o anda saber cuánto, Florencio.

Cuánto que no sabemos nada de la chueca. Cuánto.

Ella, cuando todavía era mocita, sabía hacer empanadas y las vendía a las tías que viajaban a la capital. Agarraba la masa y le daba la forma y el olor de la cebolla destripada no le hacía picar los ojos, de la costumbre que se había hecho. Tenía trece y las piernas eran largas, flacas, torneadas como si las hubieran cocido en el barro. Florencio llevaba a sus amigos a que la vean trabajar en la cocina. Se ponían contra el montón de leña, uno al lado del otro, los lanceros: Florencio, Estevenzuela y otro más, que le decían Cali, porque en su casa había un calicanto. Y no sabían si ella se daba

cuenta y los dejaba pasar o si era tan distraída como para no saber nada sobre lo que hacían y pensaban al verla mover los dedos con tanto oficio, esos dedos pequeños manipulando la carne molida, el jugo, la verdura.

Y ahí se acuerda de nuevo: ¿cómo cayó esa primera mano de Padre en la pierna temblorosa del hijo?

Estevuenzuela se agarraba en los lados de la silla para no entregarse al impulso del gritar. *Hay que ser varón*, decía el hombre. Lloraba el nene cuando tenía ocho o nueve años. Hasta que un día no lloró más, no porque no le importara la violencia del Padre, ni el enojo, sino porque, de casualidad, había visto el cuerpo desnudo de la Chueca, recostado sobre la tierra, pegoteado de polvo reseco por el

agua que le brotaba de los poros.

Ella se reía y el hombre, que Estevenzuela jamás había visto, le pasaba las manos por los piecitos y le acariciaba el pecho.

Venga, hijo. Venga que le cuento cómo traemos gente al mundo. Así le había empezado a contar el Padre la historia de la venida al mundo. Y él, al descubrir el cuerpo de la mujer, se daba cuenta de que ya no podía llorar como en la infancia.

El hombre derramó leche clara sobre el cachete de la Chueca. Tenía la prima, supone él, quince años. Ella se quedó quieta después de que el hombre se fuera caminando, como si nada. Se quedó quieta y esperando que se hiciera más tarde antes de pararse y retomar el camino al rancho, todavía lleno de las cosas

de ella y las cosas de la mujer que la criaba.

Ahora el perro, impaciente, busca en los huecos comida olvidada o alimañas muertas. En eso que anda, estira el cuello a la muesca del paredón y corre, con el hocico en mordida, hacia el monte. Le cuelga de un lado el latiguillo trémulo, todavía prendido a un cadáver.

Pericote, piensa el muchacho, todavía adentro. Y hurga más hondo, pero también con más cuidado, hasta que da con el tesoro de las zapatillas olvidadas.

Por qué tanto aspamento, chango, si son dos zapatillas de mina y nada más.

Padre le hubiera dicho que no se haga el malo ni ande merodeando en lugares que no son los suyos. Pero Padre, a su vez, le hubiera dado un castañazo para completar la lección.

Ahí están los dos trofeos, mordidos en la punta y los talones, por bichos que seguro pasean la tierra.

Florencio no le ha dicho para qué los quiere. Nadie nunca le dice para qué tiene que hacer las cosas. Él igual sale feliz del rancho. Piensa en la Chueca, toda vestida de ciudad cara, porque seguro que debe haberse ido a la ciudad. La ve con pantalones cortos, el jean de costura desflecada. Las piernas que le conoce, pero más anchas y suaves, moviéndose en la luz de la noche.

Qué andarás haciendo, querida, en un lugar tan grande.

Va saliendo, Estevenzuela, y ve que el perro cava un pozo para sepultar la presa. *Pericote*, comprueba. El cuerpo peludo, gordo, abierto

en el vientre y habitado por gusanos blancos.
Perro cochino, meter así algo en la boca.

Ve, entonces, donde nace el sendero que lo llevará de nuevo a la casa, la silueta de una nena que no debe tener más de diecisiete años. Imagina de inmediato que es ella, la Chueca, descalza, que ha vuelto a buscar lo que le permitirá caminar sobre el asfalto sin quemarse. Se asusta, el muchacho, y se retoba antes de seguir rumbo.

Cómo va a ser la Chueca, le dirá Florencio esa misma noche, si la Chueca es bien negra y vos has visto una paia.

Sí, le dirá Estevuenzuela: Una paia. O un fantasma.

La nena le avanza y se le pone adelante. Es más o menos así: la cara grande, pomuloza,

llena de tajos y cicatrices de la frente al mentón. Tiene la nariz corrida y cavada, como si la hubiera mordido un animal. Los ojos son claros, y él no puede descifrar si grises o celestes o verdes.

Padre decía que así son los diablos del campo: no se entiende qué son, pero uno los ve y siente escalofríos por todo el cuerpo.

Decía usted tantas macanas, Padre, antes de irse a la otra vida.

La nena no puede haber sido la Chueca, le dirá Florencio el resto de sus años.

Tan seguro va a estar, pensará Estevenzuela, masturbándose en el fondo de su casa, a la hora que su madre duerme. Y va a estar pensando en el cuerpo quinceañero que se encontró esa vez, tirado con su piel de caoba

brotada de soles, mojándose por el capricho de ese hombre que no sabe quién es.

Entonces, los cabellos de la nena aparecida en el sendero, que sí son negros, y que juegan a formar parábolas en el vacío, se estiran hacia las manos de Estevenzuela, y se atan en sus dedos, dejándolo inmóvil de la impresión.

¿De dónde has sacado eso? Pregunta la nena.

Del rancho, dice Estevenzuela, señalando con la nariz. Los hilos del pelo aprietan más y le hacen soltar, por la fuerza creciente que asfixia la sangre, el par de zapatillas.

Los cabellos liberan del amarre y la nena aparece un poco más lejos, como si hubiera flotado, aunque todavía frente a él, mirándolo derecho a los ojos. Tiene en sus manos las dichas zapatillas de la Chueca.

La nena camina hacia el monte y se deja devorar por la sombra de las plantas.

Mientras Estevenzuela lo cuenta, esa misma noche, Florencio se limpia el sudor de la frente con la manga de la camisa, y eso que es una noche fría: la noche más fría de ese otoño. Igual, transpira de nuevo y se tiene que seguir limpiando cada dos minutos. Están en el depósito de la finca del Güero, donde trabajan ambos de serenos, con dos velas prendidas para no quedar completamente a oscuras. Se oye, desde adentro, el viaje de las hojas desprendidas de la madre.

Florencio abre una cerveza y toma un trago largo antes de convidarle a Estevenzuela, que acepta y toma, pero no disfruta.

Después de tomar, salen a respirar aire

fresco y caminan sin fijarse por dónde van.

Adónde habrás ido, Chueca linda, se pregunta Estevenzuela.

Llegan a un claro y Florencio se sienta en el pasto. Todo está muy quieto, salvo los árboles, que le camorrean sonidos a la luna.

Campo adentro hay un monumento levantado con piedras, pintado con la cera derretida de las velas. Las letras son de varios colores. Rojas y amarillas, dice Florencio.

Anda, dice. Reza para que no te vuelva a aparecer nadie.

Estevenzuela corre. No entiende cuál es la fuerza que lo aleja de su amigo. Es demasiado tarde para andar tan solo en ese lugar de sombras. Tarde para el que tiene miedo de lo que ocurre más allá del tacto. Pero igual, corre. Ha

corrido otras veces, pero nunca así. Ha querido escapar de su casa, de su madre, de Padre, de las caricias del hombre sobre el cuerpo de la Chueca.

El monumento es minúsculo y casi lo pasa de largo. Estevenzuela se hinca de rodillas. Sabe que es el miedo lo que hace circular la sangre de esa manera; el corazón acelerado y la noche fría metiéndosele por la nariz. Pero miedo a qué, si la Chueca no está más en el pueblo. Y esa nena que ha visto, no puede ser ella, la Chueca, no puede porque *anda saber dónde anda*.

Junta las manos como le enseñó Padre que hay que hacer antes de rezar.

Así, hijo, palma con palma, y agache la cabeza, porque Dios debe saber que usted tiene

respeto y temor por Él.

Abre la boca para pedir por la calma futura de sus sueños. De aquí en adelante: paz, descanso, secretos, todo lo que un hombre puede pedirle a un poder superior.

Por favor, diosito, no la quiero ver más, murmura con la voz quebrada.

Murmura y llora, Estevenzuela. Como cuando era chico y Padre le daba los golpes en los muslos. Y ahora no lo puede evitar, haciendo fuerza y todo, los ojos se le mojan y le tiemblan los hombros.

Y aunque haya rezado, puntilloso, el padre-nuestro cien veces, toda la vida va a tener este sueño: la nena del sendero se mete bajo su sábana y le roza los labios con su boca llena de gusanos. Él no puede moverse, ni siquiera

para pedir ayuda. Y cuando intenta gritar,
también de su boca salen gusanos blancos.



**LISTA DE PORQUERÍAS QUE
MI ANALISTA NUNCA VA
A SABER DE MÍ**

MI VIDA CON LAS RATAS

Vivo en el sótano de mi casa, seis metros bajo tierra, acompañado por ratas que hablan entre sí todo el tiempo.

Las ratas no hablan castellano. Tienen su propio idioma, que es una especie de balbuceo lleno de consonantes y chillidos. A veces tengo la impresión de que aunque no usen el castellano, sí lo entienden cuando lo hablo yo. Todavía me falta averiguar si saben leer.

Si supieran leer, yo les prestaría mis libros.

Propondría un tiempo límite de una semana, más o menos, antes de hacer un debate. A mí me gusta mucho *El Extranjero*, de Camus, pero no sé si es apropiado darles a leer algo tan oscuro y pesimista. No debe ser fácil tener una vida de rata. Imagino muchos problemas, como la rabia, o los experimentos con vacunas. Eso sin contar la hostilidad de otras ratas, más grandes y mortíferas: de vez en cuando las escucho pulular detrás de los muros, mordiéndose entre ellas o queriéndose meter en el sótano. Si se comieran a mis ratas, tal vez tenga la habilidad para defenderme y escapar a tiempo por la escalera, antes de que intenten atacarme. Si me mataran a mí primero, porque soy una presa más grande y succulenta, el destino de mis amigas sería igual de trágico.

Moriríamos todos, eso seguro, pero mi esperanza es que los muros las resistan y nada de eso llegue a ocurrir.

Trato de pensar qué libro les daría a mis amigas las ratas.

Qué leería una criatura que vive en las sombras, encerrada, rodeada de humedad y moho, huyéndole a todos los venenos que la ciencia de supermercado va inventando.

Hice el intento con una copia de *Diario de la guerra del cerdo*, de Bioy Casares. Lo dejé junto a un platito con leche y pedacitos de vainilla. Las vainillas flotaban en el líquido blanco, se iban hundiendo de a poco hasta volverse invisibles, en el fondo. Me quedé un rato monitoreando la situación, comiendo lo que quedaba del paquete de vainillas. Alguien llamó

desde la casa y tuve que subir. Cuando regresé, el plato estaba vacío. Al libro lo habían mordido hasta convertirlo en papel picado.

Cuando estoy en sesión con mi analista, pienso en las ratas. Imagino que ellas piensan en mí, también. Mi analista es muy paciente conmigo y si no le cuento nada de nada, ella hace silencio y espera. No sé si sabe que le escondo lo de las ratas. Tal vez sí. Quizás una vez me haya quedado dormido en el diván y haya dicho, también, algo sobre mis ratas y el sótano, donde duermo todas las noches, mientras mi familia está arriba, esperándome con la comida en la mesa.

Quisiera no dormirme en el diván.

Quisiera que nadie sepa nunca nada sobre mis amigas las ratas.

EL DESENCUENTRO CON LA MATEMÁTICA

Cuando era chico me costaba mucho la matemática. Me mandaron a una maestra particular para levantar las notas, porque yo quería ir de vacaciones a Villa Gesell. La maestra se llamaba Porota (o le decían Porota) y era una señora muy mayor. Recibía a los alumnos en su casa, así que en cualquier momento sonaba el teléfono y uno tenía que atender y pasárselo y preguntar *de parte de quién*. Porota tenía el pelo mocho y mal teñido. Muy poco pelo, todo enrulado, como una virulina repartida sobre una superficie de granito. Cuando se sentaba en la cabecera de la mesa del comedor, la luz que entraba por la ventana rebotaba en su cabeza y le hacía brillar el cuero cabelludo.

La primera vez que fui me preguntó si sabía fumar. Acababa de saludarla y me quedé pasmado delante de ella y los demás alumnos. Nadie dijo nada, ni reparó en la escena.

Yo la debo haber mirado con cierto extravío.

Le dije que no y ella me dio ejercicios de sumas y restas. Sumas y restas en todo el cuaderno, hojas y hojas de ejercicios que yo resolví a la perfección antes de que terminara la tarde.

Muy bien, dijo, y me mandó casa.

Después le conté a mi abuela lo sucedido y ella fue a reclamarle. Me hizo pararme al lado, para confirmar la historia. Yo tenía miedo de quedar como mentiroso.

Pregunté si sabía SUMAR, no FUMAR, se defendió Porota. Por eso le di tantas sumas y restas.

Mi abuela se rió mucho. De ahí en más me

bautizó *Chicosordo*. Lo decía en las reuniones familiares y les contaba la historia a mis tías cuando le preguntaban el porqué del apodo. La maestra, después de su charla con mi abuela, me miró fijamente, impávida, y pidió que la acompañara al patio de su casa, a darle una mano acomodando cajones de cerveza. Me sentía en deuda con ella: durante todo un día la había hecho quedar como una bruja comeniños.

Estábamos los dos solos en el patio. Del otro lado de la tapia había ruido de autos y voces de gente que iba y venía por la avenida. Yo pensaba que era imposible vivir así, rodeado de tanto escándalo. Porota se me acercó y me estiró la mano, convidándome una pitada del cigarrillo que acababa de prender.

Prueba, me dijo. La voz de la mujer me raspó

los oídos. A simple vista era una doña encorvada y de aspecto frágil, pero cuando abría la boca para impartir una orden cualquiera, el impulso a desobedecerla adquiría los rasgos de un acto de insubordinación.

Hasta ese momento yo nunca había fumado.

Hice un ademán para rechazarlo, pero la maestra insistió.

Dale, dijo, echando el humo fuera del cuerpo.

Hice la pitada. Fue mi primera pitada a un cigarrillo, tenía nueve años. Me sentí enfermo, mareado y con ganas de vomitar. Tuve que apoyarme contra el paredón descascarado para no caer al piso. Fueron largos segundos de estar así, medio perdido, con un zumbido en los oídos que fue disminuyendo hasta desaparecer entre la bulla de los autos.

Porota, después, me indicó dónde quería que pusiera los cajones. Todos apilados al lado del asador que había construido su hijo en el último verano. Habían pasado las seis de la tarde, la hora que baja el calor en Santiago del Estero y la gente empieza a salir al centro.

CONCEPCIÓN DEL TIEMPO

Mi soledad está hecha de relojes.

Miro la hora y siento que estoy entendiendo algo más profundo que la impresión del tiempo que pasa, pero no sé qué es.

Intenté fabricar un reloj en mis ratos libres, pero es muy difícil: hay que ser cuidadoso y

aprendido, sobre todo con las tuercas y engranajes. Lo que sí conseguí fue intervenir relojes de pared. Quité los números y puse objetos que dicen qué es lo que tengo que hacer en cada hora. Por ejemplo, sobre el número doce puse la foto de un plato de polenta y, al lado, la imagen de una cama. Las recorté de revistas viejas que voy apilando todos los meses en las esquinas del sótano, donde tengo tijeras y revistas y amigas ratas que me acompañan.

Soy un observador de los relojes. Puedo ubicar hechos precisos de mi vida a partir de la hora. Cuando besé por primera vez a mi esposa, Marcela, eran las siete y cuarto de la tarde. Volvíamos de una clase de la universidad y nos detuvimos justo frente a la Plaza San Martín. Manipulé la posición de ambos

para mirar el reloj de agujas en la torre más alta de Casa de Gobierno. Nos besamos. Mantuve abierto el ojo derecho, para no perder el rastro de la hora. Si Marcela me hubiera descubierto en elucubraciones tan ridículas, tal vez no pasábamos del beso y lo que vino después (matrimonio, hijo, casa en el barrio Cabildo) hubiese muerto ahí nomás, en esta obsesión mía. Por eso digo que para mí el tiempo es estar solo. Estar solo a pesar de la gente que me rodea y las conversaciones y los besos.

Nunca hablo del tiempo con otras personas. Si yo le dijera eso a mi analista, significaría admitir que estoy atento a mi muerte. No quiero que sepa que estoy atento a mi muerte. Quiero que me vea mejorar, ser un buen paciente,

un paciente del que ella se enamore, aunque no pase nada entre nosotros.

MI HIJO MEDIOCRE AMA LAS PALOMAS

Mi hijo Rubén tiene una locura parecida, pero con pájaros. La descubrimos cuando, siendo muy chico, se pasaba las horas frente al televisor, atento a los documentales sobre aves que daban en el National Geographic. Cada vez que Rubén salía al patio, se pasaba el rato mirando, expectante, al cielo y a los árboles. Y si encontraba un pájaro, lo señalaba con el dedo y les llamaba “Pitu”. Así fue hasta que cumplió cuatro años. Nunca entendí por qué.

Su amor por los pájaros mutó en una fijación con las palomas, que son lo más banal que puede encontrarse en el espacio aéreo, además de las nubes, la resolana y árboles excesivamente altos y poco interesantes. Rubén adoraba las palomas. Adorar esos bichos es un signo de desinterés por lo exótico.

Intenté combatir aquel fantasma con todo tipo de pedagogías. Una vez fuimos a la plaza y le expliqué las enfermedades que transmite una paloma común y corriente. Él, sentado, muy despierto, me oía con una expresión de asombro que yo confundí con pavor. Celebré mi mezquino triunfo hasta que lo vi, otra vez, acercarse a una bandada de palomas grises, con trozos de galleta que se desmigajaban en sus dedos y caían sobre la vereda,

dejando detrás de él un caminito de manteca y azúcares.

A pesar de todo eso, Rubén es un chico maravilloso. Me gusta leerle cuentos o inventárselos. Le relato historias de otros pájaros, porque no he perdido la esperanza. Él se duerme con una sonrisa, cautivado por sueños felices. No es algo que pueda garantizar con plena certeza, pero qué otra causa puede tener su expresión permanente de goce nocturno. A lo mejor en su sueño hay nidos y nubes espesas bañadas del perfume de la tormenta. Lo imagino corriendo torpemente entre la bandada estacionada sobre una larga franja de cemento. Y ninguna paloma se asusta de él o echa a volar.

IMAGOS

Mi Padre era un domador de abejas y mi Madre se contactaba con los muertos.

Está muy difundido que los pacientes de diván hablamos sobre padres y madres y las cosas que hicieron bien y mal con sus hijos. Yo no quiero contar mucho sobre ellos.

Tendría que decir que Madre tenía una mesa especial que solo usaba para comunicarse con los familiares muertos. Digo especial porque no nos dejaba tocarla ni poner ninguna comida sobre ella, pero era una mesa común en todo sentido: redonda, un poco más baja de lo normal, llena de manchas y rayones en la superficie bruñida. Si Madre se deprimía, nos corría a mí y a mi hermano del living, porque iba a

iniciar una sesión espiritista (ella les llamaba *reencuentro espiritual*). Hablaba con los bisabuelos y me comunicaba sus recomendaciones.

Un ejemplo de aquellos días era mi pelo, que siempre estaba corto, a pedido del bisabuelo Raúl. *Un pelo corto* de tiempos de la primera guerra mundial, que Madre se ocupaba de honrar hasta el detalle.

Padre también tenía su rareza. Vendía miel en el Mercado Armonía y le iba más o menos bien con eso. Había puesto sus colmenas al fondo de una quinta que alquilaba en el *Puestito de San Antonio*. Jamás usaba ropa especial para protegerse de las abejas. Decía que les tenía más confianza a ellas que a sus amigos. Un día se despidió de nosotros y no lo vimos más. Lo encontraron cerca de una bomba de agua, en la

quinta, con la lengua inflamada y la cara violeta. Las abejas le habían picado todo el cuerpo, contó Madre. Nadie sabe qué las enojó tanto como para hacerle una cosa así. Seguro que algunas se mantuvieron al margen o se reconciliaron después, porque en el velorio se escuchaban voces humanas y zumbidos por igual.

EL AFTER

Marcela me habla desde la habitación. Me pide que lleve a Rubén a jugar a la plaza. Rubén carga su mochila con cuatro tipos distintos de galletas. Por primera vez reparo en lo mucho que creció su panza de tanto comer galletas.

La papada crece, disimuladamente, detrás del mentón. Los nudillos, otra aberración, parecen una perforación en la carne de las manos. Tengo que hacerlo jugar más seguido, ponerlo a dieta, pienso.

Me pregunta si ya estoy listo. Salimos. Se viene una tormenta. En la plaza, las nubes imitan los tonos grises de las placas de hormigón. Antes la plaza era más verde. Había cosas vivas en los lugares donde uno pisaba. Eso me da un poco de miedo: no entender lo que vive bajo los pies.

Rubén descubre un plafón repleto de palomas. Son enormes, de pecho grueso y vibrante. Son tan grandes que por un momento temo que no sean palomas.

¿Puedo ir?, pregunta Rubén.

Le hago una seña para que vaya.

Lo miro jugar. Lo miro a él y a una chica joven que pasea su perro, cerca de la esquina.

Miro hacia el cielo, evalúo la proximidad de la lluvia.

La chica tiene el perfil imperfecto, la boca grande, la nariz como un gancho. Es bonita, pero de una forma poco convencional. Tiene una belleza que está desubicada. Quisiera ir a hablarle y preguntarle el nombre. Si lo hiciera, tal vez ella me lo diría y podríamos irnos juntos a tomar un café esta misma tarde. Le diría a Rubén que puede ir a los fichines y yo trataría de saber más sobre esa chica. Algo más que su nombre. Le diría que tiene la nariz más linda que he visto. Ella, sonrojada, me diría que nadie le alaba la nariz.

Eso voy pensando. Y Rubén me habla.

Me habla cuando estoy pensando en la chica.

Dice, *Papá, mira lo que puedo hacer.*

Mi hijo Rubén, que cuando duerme viaja a lugares felices, me dice cosas y me hace señas, pero yo no lo veo. No logro distinguirlo entre las palomas.

Papá, me voy, me voy volando, dice.

Me desespero, porque, de a uno, los bichos empiezan a volar y se ponen en fila y se van sumando a la bandada. Y entre ellas va mi hijo, y no lo encuentro, no logro ubicarlo, ni siquiera para despedirlo. Y sé que soy un mal padre, porque no distingo a mi hijo entre las palomas, a pesar de que entrecierro los ojos y paro la oreja para reconocer su voccecita en el viento.

EL EX NOVIO DE MI NOVIA ANDABA POR LA CALLE CON UN BIDÓN

El ex novio de mi novia es un buen tipo. Creo que todavía no ha superado la ruptura. Está obsesionado con ella y lo maneja como puede. Se separaron meses antes de que ella y yo nos conociéramos. Ella no lo quería más. Se vieron en un bar del centro, y ahí mi novia le dijo: *ya no siento lo de antes, no sé qué me pasó con vos, todo es distinto ahora. Sos buena persona, pero yo necesito estar sola.*

Después, el ex novio de mi novia la quiso tocar con los dedos tristes, y ella metió la mano debajo de la mesa. Lagrimeó y él también.

Volvieron cada uno por su lado, dándose la espalda. No se dieron ningún beso de despedida. En el camino, mi novia llamó a su amiga

Lourdes (que ya no vive en la provincia, aunque chatean a diario). Le contó todo. Lourdes quiso calmarla: *es lo mejor, le dijo, esas cosas son para bien de los dos.*

Me imagino a Lourdes pintándose las uñas de los pies, hablando por el manos libres. Usando un separador de goma en los dedos, el mismo que usa mi novia. Lo usan para medirse, y así no se ensucian las cutículas.

Es hora de que pienses en vos, le dijo.

Después, mi novia me conoció en un cineclub donde pasaban películas de Kusturica. A mí no me gustan las pelis de Kusturica.

Yo le miraba el pelo volcado sobre la espalda. Le contaba los lunares. Ahora tiene siete, pero en ese momento el séptimo lunar recién le estaba apareciendo y no se veía en la penumbra.

También yo estoy obsesionado, solo que a mi novia no le molesta. Hago cosas obsesivas por ella, le escribo en los márgenes del cuaderno, le tomo fotografías cuando no me ve. Si le muestro las fotos, no se ofende ni se persigue, al contrario. Me dice *está muy linda* y la imprime en papel de ilustración.

Tenemos un álbum de fotos así. Es un cuaderno con tapa negra, donde escribimos con una tinta especial, plateada, y hacemos garabatos. El álbum se llama “Ojos que no ven”. En cada letra “O” de la palabra “Ojos” le pintamos una espiral que termina en dos puntos bien marcados, que vienen a ser como dos pupilas. Los remarcamos tanto que parece un relieve intencional, pero es solo porque nos copamos y no nos dimos cuenta de lo que estábamos haciendo.

Otra cosa que hacemos mucho es mirarnos dormir. Cada tanto me despierto y me la encuentro de golpe, sentada en su lado de la cama, o en una silla, con un cigarrillo en la boca. Ella se sonríe, o me dice que le gustaría que nuestra vida sea así todos los días. Todavía vivimos cada quien con sus viejos y solo dormimos juntos cuando nos dejan la casa libre algún fin de semana. Ya somos grandes, podríamos conseguirnos un departamento barato, lejos del centro, algo que podamos pagar entre los dos, pero no sé. Converso del tema con mi viejo y él me aconseja que espere un poco, que trate de disfrutar la relación tal y como es ahora. Me dice eso y yo pienso en mis obsesiones, en mi novia mirándome dormir, en cómo mis palabras llenan sus papeles.

Estamos bien: cuando una relación funciona, esas actitudes no están de más, piensa mi novia.

No le jode si la llamo diez veces al día o si voy a buscarla tarde a la noche y le tiro piedritas a la ventana, para no despertar a su familia con el timbre. Vive en una calle solitaria, con pocas casas, rodeada de baldíos. En cierto modo es una suerte, porque me puedo pasar horas haciéndole ruidos para que abra la ventana. También es peligroso: hace algunas semanas asaltaron a una nena y la tuvieron secuestrada en uno de los baldíos, haciéndole vaya uno a saber uno qué cosa. Nos enteramos por el noticiero.

Mi novia se enoja por esa costumbre mía de asomarme a su vereda y hacer ruidos. Tiene miedo de que me pase algo como lo de la nena. Yo la calmo acariciándole la mejilla.

Pero si soy un superhéroe, le digo, y ella me da un golpe suave en el hombro.

A veces imagino que ella no me quiere y me denuncia por aparecerle de noche en su ventana, sonriente, iluminado por el tungsteno.

Soy como su ex novio, supongo. Puede pasarme lo mismo. Que se canse de mí. Que ya no le parezca tierna mi manera de tocarle las manos o que decida que ya no tenemos nada de qué conversar.

Si me cruzo con el ex novio, él me saluda amablemente. Es mucho más alto que yo, y tiene el pelo lacio hasta los hombros. Cuando lo vi por primera vez pensé que podía hacerme daño. Un daño real, como agarrarme por el cuello y reventarme la cabeza contra la pared. Tiene manos enormes. Unas manos así

podrían dejarme marcas muy serias en la cara antes del primer intento de socorro.

¿Cómo están?, pregunta, si me ve pasar.

Le digo que bien.

Quiero fingir que no me importa. Intento cambiar de tema. Sé, por cosas que me ha contado mi novia, que le gustan las novelas de Paul Auster. Le pregunto si está leyendo alguna.

Ahora veo películas nomás, dice.

Piensa que soy un idiota por ser un escritor que no lee a Paul Auster. Se lo dice, en el chat, a un amigo que tenemos en común.

Nuestro amigo me muestra la ventana con la conversación.

“No entiendo qué hace con él”, leo.

Quizás el ex novio de mi novia está llorando cuando lo escribe. Se niega a admitir que

Paul Auster no es importante. Ni ella, mi novia, ni yo. Lo único importante es su obsesión. La adivino en sus ojos decaídos, que me dan una sensación de vidriera abandonada y sucia.

Nos damos las manos, como dos caballeros. Siento sus dedos gordos envolviendo mi mano torpe y diminuta. Pasan diez segundos y no me suelta. Quince segundos, veinte. Usa una voz gruesa, formal, hace como si hablara de algo interesante, pero ya no lo escucho. Cuando finalmente me libera, me dice que algún día podríamos reunirnos los tres, o nosotros dos, a tomar un café.

Nos decimos chau. Él se va al norte y yo me voy al sur. No me doy la vuelta, y supongo que él tampoco. Si él se diera vuelta, sería el fin para mí. Su obsesión parece peligrosa. Está

hecha de navajas y últimas miradas. Su obsesión es de kerosén y encendedor.

Yo camino la vereda y agradezco a Dios que el ex novio de mi novia sea un buen tipo. Quiero creer que su estar solo se alivia en otra mujer o mirando videos porno. Si no fuera así, temo que vayamos a morir en sus manos algún día, si nuestra felicidad sigue aumentando y me lo sigo cruzando en la calle.

Entonces, llego a la casa de mi novia. Es de noche y tarde. Golpeo su ventana con piedritas para que baje a abrirme la puerta. Hacemos el amor en su dormitorio y nos dormimos juntos. Últimamente, cuando hacemos el amor, nos decimos cosas terribles sobre las que ninguno de los dos quiere volver cuando nos pasa la calentura.

No nos separemos nunca, dice.

Le respondo con un beso.

Es tarde, de madrugada. Afuera hay un viento frío que mueve las hojas de los árboles y convierte a la cortina en un fantasma espía. Es el mismo viento frío que acarrea material extraño al que no suelo prestarle atención. Esta noche es el olor agrio a kerosén. Y un vaho de humo negro que podría venir de cualquier parte, pero que se siente cercano. Muy cercano.



MIS ALAS PARA SUSANA

Estoy hecho de pájaros.

Una bandada de pájaros forma el contorno humano de mi cuerpo.

Pájaros grandes y pequeños. Algunos, minúsculos, del tamaño de las uñas.

En total son doce mil cuatrocientos sesenta y nueve pájaros.

Varios miles modelan mis piernas, otros hacen lo mismo con mis dedos y mis manos.

En mi cara he contado casi novecientos, dependiendo del gesto. Por ejemplo, cuando

bostezo, seis pichones alineados al cuello suben hasta la boca para completar el tamaño de la lengua.

Lo más difícil de copiar la forma humana fue aprender a imitar una mirada creíble. Hice lo que pude. Soy un poco bizco: mi ojo derecho escapa solito al paisaje izquierdo. Y el ojo izquierdo se queda ahí, detenido en la luz, mirando al frente.

Mi cuerpo hecho de pájaros es imperfecto, pero me alcanza para vivir. Tiene dos manos, dos pies, una nariz respingada.

Cuando me baño, los contornos se sacuden. Me convierto otra vez en una multitud errática de aleteos y graznidos. Me baño por turnos: descomprimidos y sueltos no cabemos todos en la bañera.

Una ducha puede tomarnos entre seis y ocho horas.

Primero se bañan los pájaros más jóvenes, después los adultos, que algo de mundo ya tienen, y retozan en el agua, riendo. Los últimos son los viejos del grupo. Ellos se toman su tiempo para conversar.

Al ser el destino final de su conspiración, sé lo que piensa cada uno. Es un privilegio que tengo, ser testigo de lo interior.

No todos se llevan bien. Entre el grupo de la cabeza y el grupo de los pies hay una discusión que parece no tener fin sobre qué música debería gustarnos bailar.

La cabeza dice Tango, pero los pies quieren cumbia.

En ese tema, el baile, le doy prioridad a los

pies y cada tanto salimos y nos amuchamos en la multitud para que nadie se entere de nuestra torpeza inhumana.

A veces los problemas son más complejos.

Un día amanecí y seis pájaros faltaban en la boca. Los encontré en el lavatorio, muertos, con el pescuezo retorcido. Anduve una semana sin dientes, sin poder hablar. Tuve que renunciar a mi trabajo en la cabina de anuncios de la terminal. Mi voz en el altoparlante era una melaza atropellada de balbuceos. Palabras sin consonantes duras, sin eres y sin tés. Dolidas palabras por pájaros asesinados.

Pero qué puedo hacer. Soy muchos, todos distintos. Soy doce mil cuatrocientos sesenta y nueve pájaros entramados. Cada vez que pienso, soy doce mil cuatrocientos sesenta y

nueve ideas al unísono. Soy un millar de músculos en sincronía. Imito los sonidos humanos de las tripas para que mis amigos crean que tengo hambre.

Conseguí trabajo en un diario. Escribo en la sección de policiales. Mi especialidad son las crónicas sobre accidentes de tránsito. He coleccionado un número razonable de palabras que describen la agonía de los cuerpos y el daño de los vehículos.

Lo otro, lo más importante, es la ayuda que recibo por ser lo que soy, la infinita gama de posibilidades que me brinda llegar a cualquier lado, a cualquier esquina, sin importar la hora o las dificultades del tráfico.

Aprendí a desarmarme y recobrar mi forma rápidamente.

Vivo en una ciudad llena de gente apurada, donde cada quien ejerce su derecho al apuro como mejor puede. Hay quienes conocen atajos, otros van a contramano, otros se cuelgan de la bocina.

Yo, en cambio, me desato por dentro. Echo a volar entre los edificios más altos.

Me veo pasar, en el espejo casual de las ventanas.

Me vuelvo salvaje, una maraña de cordones grises cortando la luz que ilumina el asfalto.

En las ventanas hay niños que miran boquiabiertos y me señalan.

En esos momentos dejo de existir. Me reemplaza el vacío.

Aterrizo y me armo de nuevo, en un lugar solitario, para que nadie sepa lo que soy.

Entonces, corro hasta un bar cercano y escribo lo que he visto desde arriba.

Le digo al editor: “tres víctimas fatales, dos adultos y un niño. El niño ha perdido parte de la cabeza al impactar contra el chasis del camión. Tiene los ojos abiertos y una remera de hombre araña”.

Para él la remera de hombre araña no significa nada.

Me da las gracias.

Le digo que es mi trabajo, mi sueldo, nada más.

Prometemos, el editor y yo, tomar un vino, pero nunca sucede. Es un hombre ocupado, con esposa e hijos.

Mis pichones son demandantes, le digo. El editor asiente, creyendo entender a qué

me refiero.

Nos reímos. Me cuenta chistes desagradables y yo finjo que me interesa.

En el diario conocí a Susana. Le dicen La Zetuda, Zuzana La Zetuda. Nuestros compañeros se ríen de ella cuando sale de la oficina. Trabaja en el turno de la noche, en corrección, así que rara vez coincidimos. Me cautiva lo que queda de ella cuando se disipan las burlas. Se mueve como un fantasma, sin hacer ruido, sin dejarse notar. Es como los papeles que lleva de un escritorio a otro: lejanos, indiferentes.

Ahora nos encontramos en la fotocopidora. Los dos estamos solos, esperando a que la máquina recién encendida entre en calor. El zumbido del motor hace del silencio algo soportable. No sé qué decirle, ni por dónde empezar.

Muy buena tu cobertura en el minizterio, dice. Golpe de suerte, contesto, convencido de que lo mío no es solo modestia.

Conversamos un poco más. Pronto se me olvida su zezeo.

Casi no la escucho. Su voz se me pierde, es como un paisaje ruidoso que aprendo a desoír para no confundir la dirección del vuelo.

Salimos juntos del diario, a tomar algo a mi departamento. Por momentos se me adelanta y me distraigo mirando su pelo flotante en el viento. Me horroriza la idea de desarmarme en el camino. Que el viento sople tan fuerte y Susana descubra mi desnudez de cosa fragmentada y ya no quiera nada conmigo.

Subimos diez pisos en ascensor. Es un viaje largo. A esa hora de la noche, el edificio está

como dormido.

Ez lindo aquí, dice.

Hay cuatro ellas, cuatro Susanas. Tres en los espejos y una, la que temo espantar con el tacto, a mi lado. Esa Susana (la de piel y carne y hueso) y yo estamos rodeados por las otras tres. Presiento una amenaza en esa repetición de Susanas. Me asfixia la multiplicación de miradas.

Un ezpazio apretado, pero lindo, agrega.

Entramos al departamento.

Le impresiona una ilustración de Robert Crumb que he colgado en la pared del living. Es un hombre calvo, con anteojos, que muestra los dientes.

Zerá que no tengo zenzibilidad para el arte, dice, a modo de disculpa.

Abro una botella de tinto y le sirvo una copa. A pesar de que la habitación está llena de sillas, no nos hemos sentado. Susana cumple el ritual de meter la nariz en la copa para oler el vino antes del primer trago. A través del cristal detecto pozos y magullones en su piel blanca, negligencias con el maquillaje. Esos defectos que van apareciendo, la vuelven importante ante mis ojos. Mi cuerpo hecho de pájaros se estremece cuando echa la cabeza hacia atrás y su garganta deja pasar el vino.

Un sonido líquido le atraviesa el cuerpo.

Los pájaros que forman mis dedos aletean suavemente hacia su cintura.

Mis uñas se desprenden, después las yemas. Susana se descubre rodeada por diminutos ángeles grises. Salgo de mi camisa, que se vacía

y cae al suelo, junto con el pantalón y la ropa interior. Lo único humano que queda de mí es una gran cabeza flotante. Un grupo de alas en el cuello la mantienen en el aire, suspendida.

El resto de mí se disemina alrededor de Susana. Le picoteo los brazos y la cara, la envuelvo. En el suelo se forma un salpicadero de sangre con pedacitos de piel. Susana corre por el departamento, agitando los brazos. Quiere librarse de mí, supongo.

Busca una ventana por dónde escapar.

Pero yo no la dejo.

Jamás permitiría que Susana cometa una locura por mi culpa.



AUTORIDADES

PRESIDENTA DE LA NACIÓN

Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRA DE CULTURA

Teresa Parodi

JEFA DE GABINETE

Verónica Fiorito

SECRETARIO DE POLÍTICAS SOCIOCULTURALES

Franco Vitali



LEER ES FUTURO



Cultura Argentina



Ministerio de Cultura
Presidencia de la Nación
Argentina